



HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

DONDE HABITE EL ORIGEN¹

La poética de la desolación como lugar de encuentro en la poesía de Luis Cernuda

Mtra. Minerva Margarita Villarreal
Universidad Autónoma de Nuevo León
Facultad de Filosofía y Letras

Del otro lado

*Fueron por los mismos lugares:
el claustro, el vasto patio hermoso
donde el reloj seguía midiendo a otros el tiempo,
el corredor, el jardinillo
y, entrados en la casa,
subieron los peldaños que él pisara.
De él los dos iban hablando.
Si él pudiera oírles, no se reconociera
en nada: extraño en el paraje,
sus actos y su vida, comentados,
aún no menos extraños. Las palabras de otros
el mito involuntarias tejen
de un existir cuando ya ausente o ido.
Si extraño todo, también acaso menos duro
su existir se diría, como si ya dotado
de aquella suerte fácil para muchos
que antes les envidió, a pesar de su dicha
más rara en disfrutar de las horas solitarias.
Llegados a la puerta del que fuera su cuarto,
ocupado por otro, detenidos un punto,
silenciosos un punto, escuchar parecían
como si fuera a hablarles el ausente,
aunque estuviera ya, apaciguado, sin conciencia,
en el seguro donde al fin reposan los amigos.*

Hay en la poética de Luis Cernuda siempre un centro, y no a pesar de la escisión abisal que pronuncia esa gran vía del mundo del siglo XX y de los siglos que vienen, que es la asertiva, la imprescindible metáfora que enmarca su obra: "La realidad y el deseo"; no a pesar de ella, sino por ella. Una moneda de dos caras cuya reconciliación es un trazo imposible, la vida, el tránsito que ésta supone, el caer rodando del círculo de fuego cuya solución exige una operación sagrada: la encarnación: "Pero tú no eres sino una carta más en el juego, y éste, aunque el reconocerlo así te desazone, no se juega por ti ni para ti, sino contigo y por un instante." ("La concha vacía", *Variaciones sobre un tema mexicano. Desolación de la quimera*, 1990)

La metáfora que emerge de esa gran división, de esa ruptura empotrada en vacío, es justamente del orden de lo sagrado: la encarnación. Hacer que el deseo encarne en la palabra y en su hálito alado pronuncie la poesía como lo más recóndito, como el resonar de las palabras de una tribu que no es historia sino llaga, internamiento, multitud de personas en la voz del poeta. Efectuar esta operación milagrosa como una conversión. Luis Cernuda convierte el deseo en realidad. Toda la beligerancia del potro enarbolando el placer en las monturas del cuerpo. Pues la bestialidad es asunto del espíritu, dice, el cuerpo es inocente. Y contrario a las reticencias de Santa Teresa que renegaba del halago a sus pies desnudos. Cernuda desnuda su cuerpo en la fe del deseo. La fe del deseo, esa práctica obtusa e inapresable que rompe toda ley moral, ese amor que no sabe, no puede, no quiere decir no, porque la vida le muere de por medio. Esa fuerza que rige la obra de Luis Cernuda en palabra y en acto; es decir, en cuanto el poeta asumió el padecimiento como la única posibilidad de hacer frente con honor y valentía al desdén pedregoso de lo humano que le rodeaba. El amor, "única luz del mundo", irradia al final del "Epílogo", de los -Poemas para un cuerpo- (*Variaciones sobre un tema mexicano. Desolación de la quimera*, 1990)

El amor es la fuerza vectora imprescindible para recorrer la zanja abierta entre realidad y deseo. Es la posibilidad de la encarnación. Esa fuerza no proviene sino de la lealtad a una tradición que lejos de inventar, como piensa Borges que opera el designio desde la autonomía de un escritor, le llama, le pide claustro, le privilegia aislándole, fortificándolo en la dificultad y el abandono. Sólo el título: "Vivir sin estar viviendo", del libro noveno de *La realidad y el deseo*, para constatar que se trata de la tradición de la poesía mística, del fervor que golpea, pero ahora, a Dios se

le sujeta cara a cara y se le acerca, se le goza en la fugacidad que encarna el milagro del ser. Del ser pleno solamente en manos del amor. En cuerpo se da el amor, allí se otorga. Así, la encarnación, con el misterio que encierra, haciendo del imposible un acontecimiento, con su doble naturaleza rige la potencia de la poesía cernudiana. Entre el cuerpo y el alma la voz expresa su razón sangrando:

*La poesía habla en nosotros
la misma lengua con que hablaron antes,
y mucho antes de nacer nosotros,
las gentes en que hallara raíz nuestra existencia;
no es el poeta sólo quien ahí habla,
sino las bocas mudas de los suyos
a quienes él da voz y les libera.
¿Puede cambiarse eso? Poeta alguno
su tradición escoge, ni su tierra,
ni tampoco su lengua; él las sirve,
fielmente si es posible.
Mas la fidelidad más alta
es para su conciencia; y yo a ésa sirvo
pues, sirviéndola, así a la poesía
al mismo tiempo sirvo.*

(de "Díptico español", en *Variaciones sobre un tema mexicano. Desolación de la quimera*, 1990)

El centro es justamente el fruto de un camino, único y definitivo, espinoso y áspero, solitario y doliente, empecinado y viril, frontal, sin concesiones, arrastrado por la pasión de amor hasta el olvido. Muy en los intestinos de sí, dejando registro de esa trama oculta a la realidad que no entiende razones, explayándole lo inminente, lo impostergable, el quebrantamiento de los sentidos, allá adentro, en las deleitosas disposiciones del cuerpo, "vehículo gozoso e inmundo de conocimiento, en la posibilidad de adentrarse en las cavernas donde tal vez se oculte lo sagrado"².

Mas cuando hablamos de olvido, pensamos siempre en el otro, en el vacío donde caemos de un furor previo, vacío que proviene de un continente que se nos quitó, que se negó a ser más en lo posible. Pero la justicia de Cernuda es más cruel y despiadada, es la justicia hacia sí mismo, allí, en ese centro que es plexo, que es pecho que encierra al corazón. El olvido que padece Luis Cernuda, después del arrebató de

amor, después de su festín de cuerpos que se enredan, que se entregan y yacen, extenuados y exangües, es el olvido de sí mismo. Es la desolación que entra como huracán con yelmo, todo furia y desastre, a lapidar el lecho del recuerdo. La desolación que trae consigo el destello solar del fulgor primero, el origen de los rayos del amor. Y también la forma desencajada e iracunda del dolor de su pérdida. Así pues, el registro del paso del amor es tormentoso, es sufrimiento y sentido, plenitud de sentido el milagro de esta fuerza creativa que, como la vida, pone fin al principio instaurando su pócima de muerte.

Es Luis Cernuda, y la poética de su tránsito instala a la palabra, al fruto de la mirada, a la posterior fuerza de una voz en la escisión. Aceptar este hecho, y otorgarlo a la poesía como un libro, una carta que volvía a aparecer, edición tras edición, como un todo repitiéndose con énfasis en su sorda dinámica dista mucho del candor con el que a veces se bautizan los libros de poesía en cuanto novedad reveladora. No, Cernuda insistió, insiste. La realidad y el deseo. La realidad y el deseo y en su centro, habitando la desbandada perenne, la dádiva goteando como un silicio en una cárcel oscura, la desbandada del amor que se ofrece, que palpita y se niega, que es atropellado, vituperado, abofeteado por impúdico, y en su centro Cernuda recorriendo las dos habitaciones, reconociendo la ofensa y aceptándola, encerrándose, aislándose, convirtiéndose en ese pastor de Ticiano, que acaricia a la ninfa bajo los dardos de la luz. Creando desde esa luz que es el centro mismo de la desolación, y cuyas proporciones devastan en filis pronunciados las articulaciones sonoras de la lengua. Cernuda vuelve al solar de la lengua, al español hablado de México, ese otro mundo que tramita el valor de su existencia en las adversidades de la miseria. Y, "porque la lengua del poeta no sólo es materia de su trabajo sino condición misma de su existencia", Cernuda atraviesa el otro lado, la frontera del lenguaje, hasta sorber de los manantiales de esa luz. Ese centro, ese origen que regresa también con el calor del sol y con la irradiación del amor.

Cernuda canta la novedad y es acusado con su primer libro: Perfil del aire, de lo contrario. Canta la novedad, pero como su novedad es entrañable, alude y expone lo que se juega en el ser cuando este ama, no puede verse. El mundo no puede ver lo que no quiere ver. Y la poesía de Luis Cernuda es demasiado la vida. Demasiado la evidencia de que la vida late donde no se la quiere. Cernuda canta lo indecible hasta entonces. Canta que el amor es duelo, porque, en tanto vida, es muerte y sucede. Y si antes, siglos antes, en su preciado Garcilaso ya tenemos esta

arrebatada concepción del amor, no la tenemos, ni la tendremos hasta la poesía de Luis Cernuda, en cuanto que el amor es la gran herida, la gran travesía a donde entramos para desangrarnos interiormente, pues resulta que esa pregunta que asomó en el niño Cernuda sobre la eternidad y el infinito, sobre el siempre, siempre, siempre está sonando dentro, dentro, dentro y su eco perfora así, infinito, grave, como campana de maitines, en una internidad, en ese cuerpo donde la eternidad opera siempre volcándose, virando hacia el adentro, derramándose en la fugacidad y muerte de la entrega amorosa.

Cernuda se entrega. Y lo hace desde el centro vacío de la desolación que sucede a la pasión de amor. Si todo encuentro es un reencuentro, el encuentro de los amantes los regresa al origen, a la primera pareja, al imposible, a la expulsión.

Sí hay un camino de unión entre la realidad y el deseo. Por más sanguinario que sea el despojo que la realidad hace del deseo, para solventar su equidad y el principio edificante de su perpetua ruina, el deseo contraataca, filtra sus donaciones en asentamientos cuyo poseedor es el amor.

Pero el amor aunque no espera nada a cambio, aunque se da como ese accidente de una substancia del que hablaba Dante, se debate y desola, se amedrenta y esconde arrinconado ante la falta de solvento. El centro de la poética de la desolación como lugar de encuentro en la poesía de Luis Cernuda es el amor. Y el amor se renueva en la tierra, renace en el origen al que nos conduce. Es la tierra y su infatigable rotación alrededor del sol, es decir, alrededor del deseo que no pide permiso para amanecer y quemar al mediodía, que no pregunta la condición civil o el sexo que demanda. Cernuda es fiel a la palabra, a la lengua, al origen, al centro de su quehacer y de su patria interna que no encierra otra cosa sino la expoliación del exilio. Estuvo exiliado desde entonces, desde su primer libro o antes, desde su ser hombre en una casa de niñas, desde reconocerse en la piel y en el cuerpo de una sensibilidad tan profunda y adusta como para repeler el contacto de cualquier tipo de mediocridad, así fuera la del tono personalista con la que Pedro Salinas comenta su aparición en las letras. Viendo a la persona, a la intuición equívoca de la persona, no al fondo revelador y puro y más tarde amargo, que detonaría en sus letras. La poesía de Luis Cernuda se consagra como una poesía que pone a su servicio el lenguaje, lo constriñe, lo ciñe, lo estructura para decir exactamente la precisión que pide. Nada a la intuición ni a la adivinación, la sugerencia es en sus poemas una

conflagración de la evidencia. Y la evidencia es ese tajo cruel que nos abisma y divide en nuestra propia piel, esa piel recorrida por la lengua del poeta como fuente exclusiva de intensidad.

Así sea el sentimiento más áspero, la espina más fina y punzante que atraviese la carne del poema, tendrá brillo la aspereza y una gota de cáliz escurrirá por esa espina aderezándola. Es Luis Cernuda, es la vicisitud más honda, la más limpia. Es el bisturí que fue tajo y rasgó el papel en el que imprimía la percepción no de lo que observaba con los ojos, sino de la mirada que desplegaba el corazón.

La fuerza de Luis Cernuda es el amor. Y sólo por él pudo instalarse en la grieta, esa división tajante, esa frontera. La tierra es el cuerpo que abraza. El origen es el amor. La palabra, la posibilidad de edificarlo. La vía por la que el poeta atraviesa la realidad y el deseo aunque se clava en el amor no se constriñe a él. El indio es una crítica profunda al mundo en que vivimos, el mundo que pretende ganarnos. El es una decisión frente al mundo. Tan fuerte como la desolación de la quimera del poeta, la ruina que no muere. El deseo que persiste en la distancia, corroído su cuerpo. La desolación es terrena, es terrena y vaga en los remotos confines del desierto, arenosa y helada, despejada del contacto, de la protección del sol. La quimera es la belleza poniendo a prueba al poeta, sometiéndole, perdida y amarga ante la prueba de su deslealtad.

No el mar desolado de Villaurrutia, no los nocturnos sitiados por las estatuas, sino la desnudez de éstas en la claridad del alba, en su fuga, la fuga hacia la materia vital que hay en lo inerte. La mutilación, el cuerpo minado por los rasgos del envejecimiento, de la decrepitud encima, la nariz carcomida de la quimera que así evidencia su falta como la mano cortada al fondo del mar, mano de yeso, resto de estatua: "Pero ninguna era comparable a una mano de yeso cortada. Era tan bella que decidí robarla. Desde entonces llena mis noches y mis días; me acaricia y me ama. La llamo la verdad del amor". ("Había en el fondo del mar", en *Los placeres prohibidos*)

Rotundo el amor con su paso de muerte. La maldición del cuerpo, de su furtiva vanidad, de la prolongación inclemente de su deseo. No "la destrucción o el amor" como pedía Aleixandre, sino el doble filo de su daga.

Bibliografía

Luis Cernuda. *La realidad y el deseo*, México: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Luis Cernuda. *Variaciones sobre un tema mexicano. Desolación de la quimera*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, (Lecturas Mexicanas, Tercera Serie, N°. 23), 1990.

Notas Bibliográficas

¹ Ponencia presentada en el Encuentro Literario Internacional: "Luis Cernuda y los exilios", celebrado en Sevilla, España del 5 al 8 de noviembre de 2002.

² Aline Petterson: "Cosas, sólo cosas", trabajo presentado en el Homenaje a Nélida Piñón, Feria Internacional del Libro. Guadalajara, Jalisco, Noviembre 26 de 2000, pág. 3.